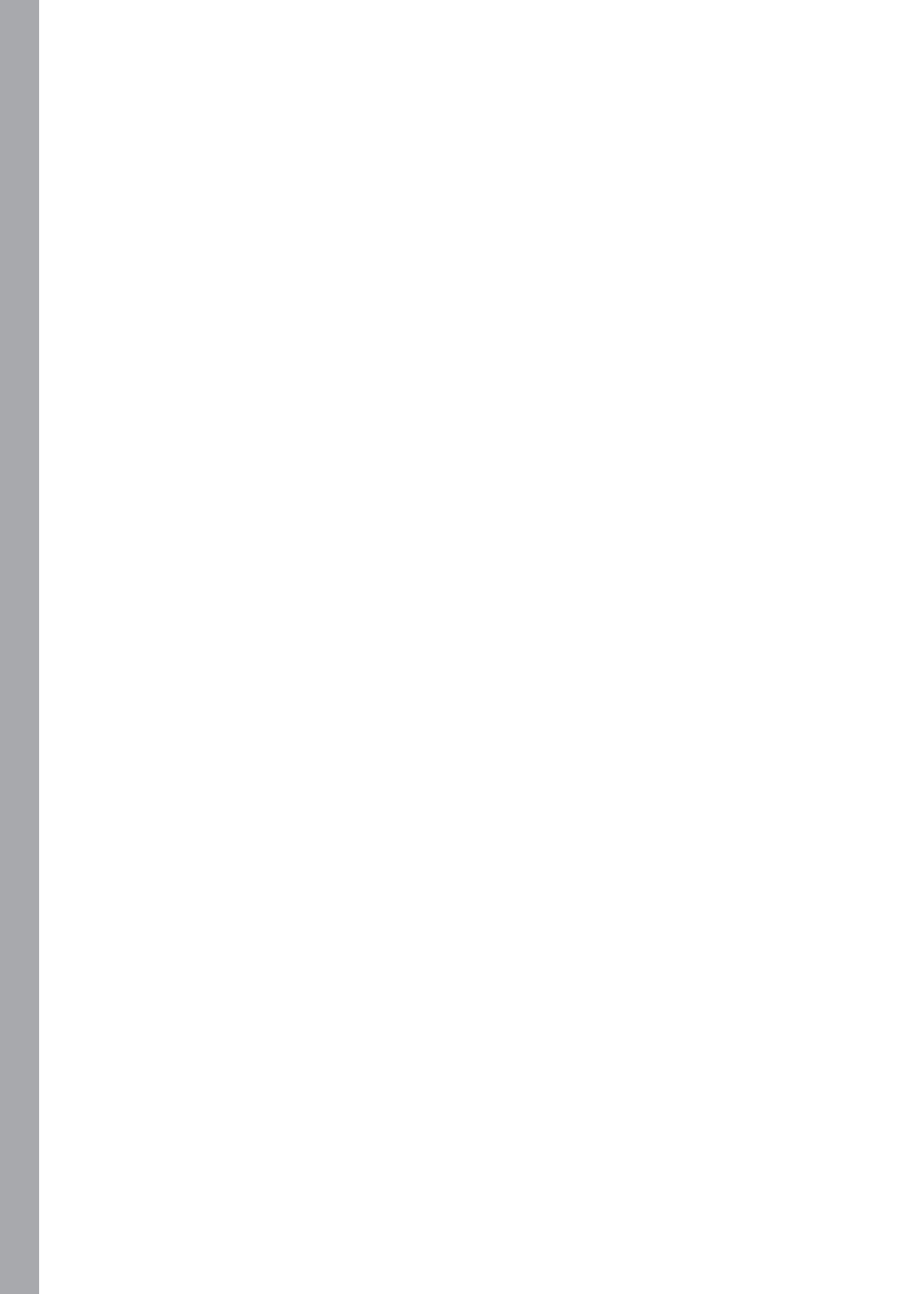




No es país para negras II

Alejandra Egido





Emilia en una cocina llena de cajas trata de ordenar, coloca la mesa que está en un extremo y saca una silla de las que están apiladas para poderse subir. De las cajas va sacando ollas y otros enseres de cocina que va colocando en ganchos que están en lo alto. Organizando, empieza hacer un ritmo en una olla y un cucharón que acaba de sacar, trata de recordar con los ojos cerrados. Busca en la cartera el celular y de vez en cuando graba algún pedacito de lo que ejecuta y después lo oye. Se angustia, repite varias veces la misma acción. Entra Rosa, nerviosa.

ROSA.— Hola, Emi.

EMILIA.— Qué bueno que llegaste. Es tardísimo. Escúchame a este paso no vamos a tener las cosas acomodadas nunca más. (*Rosa se pasea abanicándose sin parar*). ¿Qué te pasó?

ROSA.— ¡Esto sólo me podía pasar a mí! Si no llego a juntar la cantidad que hemos hablado para el alquiler del mes que viene ¡me muerdo!

EMILIA.— Tranquilízate, ¿pero qué pasó?

ROSA.— ¿Qué me pasó? ¡Escuchá!

Emilia continúa sacando enseres de cocina de las cajas subiéndose y bajándose de la silla y Rosa va doblando las cajas o le alcanza alguna olla, mientras le cuenta.

ROSA.— Hoy cuando llegué al trabajo me dicen en la Asociación que tengo que trabajar en los preparativos de la votación. Digo, Ok.

EMILIA.— ¡Es verdad! Que oí en el radio que en tu nuevo trabajo se iba hacer una votación importante, pero después se fue la señal de radio, o yo me entretuve, porque no supe más de eso.

ROSA.— Bueno te cuento, me pongo con las demás chicas a arreglar el salón de actos, a colocar las sillas, los manteles en las mesas y empezamos el entra y sale de bandejas, las vajillas del café, los termos, las jarras con agua, las jarras con jugo, la manteca, las facturas. ¡Bue todoeso!

Casi terminando, empezaron a llegar los votantes, así que me mandé rápido para la cocina a tomarme unos mates antes de empezar a limpiar las oficinas. Y de repente, entró el presidente detrás de mí, de lo más agitado, diciéndole a mi jefe: Miguel, necesito a una de tus chicas para que cuide la urna, el autobús que trae a las azafatas está parado en la 9 de julio porque hay un corte de piqueteros y no llegan a tiempo. Y de golpe señalándome a mí dice: ¡Morocha!

Y yo que le replico volando: ¡Rosa, de morocha nada, que tengo nombre!

El presidente: Bueno, Rosa. Venga conmigo y así la televisión ve que esto es una votación democrática. Y me toma de la mano y mientras me llevaba yo iba dándole gracias a San

Expedito, porque me habías arreglado las trenzas ayer por la tarde. Si no, hubiera estado espantosa.

Pues nada, entramos al salón, que a esas alturas estaba lleno de gentes, de cámaras y micrófonos, y me para delante de la urna. Y haciendo esto, arrancó el himno. Y ¡Ay Emilia por poco me muero! Tú sabes cómo yo me emociono cuando oigo el himno, es que no puedo parar de llorar.

¡Aguantéeee! como una loca, respirando y respirando para no echarme a llorar y hacer el ridículo.

Cuando sonaron las últimas notas, el Presidente tomó la palabra y dio la bienvenida y todasesas cosas que se dicen en los actos y en un abrir y cerrar de ojos, empezó la votación. Es que muchos de los votantes tenían el pasaje de regreso en avión para dentro de unas horas. Todos iban pasando por la urna y metiendo la boleta por la rendija. Y yo mirándolos toda seria, y por supuesto, parada de perfil para que no se me viera la barriga.

EMILIA.— ¡Menos Mal!

ROSA.— Cuando pasaron todos los votantes, dijeron por el micrófono que empezaba el conteo de votos. Y allá, que entran los jardineros, más peinados que nunca. Ahí sí, por poco me tiento y se me sale la barriga, estaban tan peinados que al principio no los reconocí. Resulta que lascocineras les acomodaron el pelo con agua y detergente, para que entraran al salón presentables y se llevaran la urna porque el autobús con las azafatas seguía con los piqueteros en la 9 de julio. Empecé a caminar detrás de ellos apurada, con la idea de escabullirme y el presidente que me lee las intenciones y me dice: Rosa, sigue detrás de la urna para el salón de conferencias y casi en el oído me susurra, que hacen falta manos para el conteo.

Claro y allá me mando yo. Ya estaban esperando la urna, el vice, los dos jóvenes técnicos y unade las cocineras que seguro la pescaron como a mí.

Cuando el presidente nos informa: son dos los candidatos Pilili y Obregón. En esta urna hay 75 votos. El conteo lo haremos así: el

vice es el que saca los votos de la urna y los canta en voz alta. Usted, señalando a la cocinera, toma los votos de Pilili y los pone acá en esta mesa. Y usted, señalando al técnico de jogging azul, toma los votos de Obregón y los pone acá en esta otra mesa. Rosa, usted escribe en esta pizarra la cantidad de votos que obtiene cada uno. Y usted, dirigiéndose al otro técnico, de vez en vez entrás al salón y me contás ¿Entendido?

Todos decimos que sí. ¡Bien, empiecen!, dijo el hombre y salió para el otro salón. Ya mí, que siempre me ha encantado eso de hacerme la maestra, puse en la pizarra los nombres de los candidatos y según el vice iba cantando los votos, yo los iba escribiendo en la pizarra. Cuando ya estaba poniendo el último número, me doy cuenta de que hay algo raro. Y en eso, que entra el presidente y le digo: jefe, acá hay algo que no está bien y meto mano a leer. 75 votantes totales; Obregón 38 votos; Pilili 38 votos; un total de 76. ¿Con 75 votantes?

¡Esto está mal! ¡Nos quedamos todos mudos! En eso el presidente que reacciona y dice: Vice, vaya a la cocina y diga que sirvan vino y whisky.

A lo que el vice responde: ¡Pero si son las 11 de la mañana! Y el presidente le contesta:

¡Mejor! Y vaya al salón a decir pavadas para entretener a la gente, a la prensa y a los de la televisión. Y el vice que replica: ¿Pero qué les digo? Y el presidente ya hinchado le responde: No sé; ¡dígame que estoy de parto! ¡Pero vaya!

¡Y nosotros!, dirigiéndose a nuestro grupito, a poner otra vez todos las boletas dentro la urna.

¡Contemos otra vez!

Volando volvimos a poner las papeletas en la urna, el presidente empezó a cantar los votos mientras la cocinera y el técnico iban recogiendo las de sus candidatos y yo escribiendo.

75 votantes totales. Obregón 38 votos. Pilili 38 votos. Un total de 76 votos. Y ¿75 votantes?

¡Esto está mal! Y el presidente: ¡Contemos otra vez! Y vuelta las boletas a la urna y vuelta a cantar en alta voz y yo de vuelta a escribir:

75 votantes totales.

Obregón 38 votos.

Pilili 38 votos.

Total de 76 votos. ¿Y 75 votantes? ¡Esto está mal! Y el presidente desesperado que le da una patada a la puerta que queda abierta de par en par y los del otro salón ven lo que nosotros estamos haciendo. ¡A esas alturas, yo estaba secándome la transpiración de la frente con la cortina roja del salón de conferencias, la cocinera secándose las lágrimas con la misma cortina y los técnicos con la urna colocada al revés dándole unos golpes en el fondo, por si se había quedado pegada alguna boleta! ¡Es que éramos un circo! No sé qué tiempo estuvimos congelados mirándonos un grupo frente al otro. (Hace una pausa) Hasta que una periodista extranjera haciéndose más extranjera que nunca, dice: ¡pero señor presidente! ¿Qué está sucediendo? Y el director que la pone al tanto con cuatro palabritas: qué en estas elecciones señorita extranjera, ¡hubo un hijo de puta que votó dos veces!

EMILIA.— ¡Qué!

ROSA.— A esa hora se dispararon los celulares, toodos sonaban al mismo tiempo, se encendíanlas cámaras, los flashes, los candidatos, los periodistas, los votantes, mientras el director gritaba: ¡cierren las puertas, carajo! ¡De acá no se mueve nadie, que hay que volver a votar! Y de pronto, se oyen unos golpecitos de micrófono que vienen del escenario y el clásico uno, uno.

Dice el vice: ¿me escuchan?

Todos reaccionamos ante, la voz del vice que habla por el micrófono.

Vice: presidente disculpe, pero el votante de Aristóbulo del Valle tomó el avión hace 20 minutos.

Y el presidente que grita: ¡Me cago en su puta madre!

EMILIA.— ¡Qué sainete!

ROSA.— No te puedo explicar, no te puedo explicar, cómo terminó aquello, dándoles explicaciones a los votantes, a los extranjeros, a los canales, a los periodistas y a la madre encoche. Y yo rezando para que no pasara nada más. ¡Dios mío cómo puede pasar esto en untrabajo en el que empecé hace dos días! Y lo peor, viniendo para acá me llega un wassap de la abogada diciéndome que mi difunto marido me está pidiendo el divorcio.

Y con este noticiaón, si no me quedo fija en este trabajo cuanto antes, en poco tiempo no voy atener nada de dinero, ni el dinero que el difunto me pasa ahora. Porque entre la sentencia de divorcio y la

división de bienes y lo que todo eso se demore, no voy a tener ni plata ni para los remedios. ¡Ay San Expedito! ¡Ay San Expedito!

EMILIA.— Pero el cínico de tu difunto marido no se da cuenta ¿que tú tenés 55 años? ¡Y que conseguir laburo a tu edad no es nada fácil! ¡Y con la cantidad de despedidos que hay!

ROSA.— El estúpido difunto cree que porque en su trabajo el año pasado fueron los únicos que alcanzaron una paritaria del 35 % todos estamos igual.

Analizar las cosas de una sola manera siempre lo caracterizó, nunca se esforzó por analizar alguna cuestión profundamente. Si ahora mismo él estuviera sentado ahí y yo le hago el cuento de lo que me pasó hoy en el trabajo, me diría que estoy fabulando. ¡Siempre sentado en una nube y desde ahí calificando a todo el mundo!

(*Lo imita*) — A este le pasa esto porque hace esto. Y aquella le pasa, porque no hace lo demás allá.

¡Estúpido! ¡Menos mal que se murió!

¡Ay San Expedito! ¡Ay San Expedito! ¡Capaz que mañana no encuentre ni el trabajo, ni al presidente, ni al vice! ¡Ni la cortina roja, porque la verdad que la dejamos a la miseria!

¡Ay San Expedito ayúdame! Que no aguanto otra mudada ¡Ayudáme a pagar el alquiler todos los meses! Volver al barrio no, por favor otra vez no.

EMILIA.— Que la boca se te haga un lado, no digas cosas malas, coloca tus buenos deseos en el universo.

ROSA.— Capaz que por eso no para de llover, porque el universo tiene que encontrar cómo soltar todos los buenos deseos de 40 millones de gente que tiene encima. (El espacio ha quedado organizado. Emilia y Rosa se ponen a ordenar la mesa y las sillas, buscándoles en el espacio el mejor lugar. Observan como ha quedado todo colocado. Ambas se quedan maravilladas viendo lo linda que ha quedado la cocina)

ROSA.— ¡Qué cocina más bonita! ¡Ay San expedito mirá que linda! ¡Ayúdanos a todas para que podamos pagar el alquiler!

EMILIA.— Escuchame Rosa, cuando vine de cuidar a la bebida me puse a arreglar los vestidos porque con la mudanza se estropearon un poco y por lo que dijo Cacho pronto va haber show. Y ahí recordé que cuando pienso en mi vida la organizo de mudanza en mudanza. (Saca de una caja, arroz, azúcar, café, sal, distintos frijoles, maní, pastas, nueces, galleticas, harina, pan rallado y las van colocando en

recipientes. Rosa saca de una caja unas cortinas y las va colocando en unas barras).

EMILIA.— Es que yo empecé desde pequeñita mudándome de escuela en escuela. Uno de mis primeros recuerdos es estar muy arregladita con mi prima y salir de la mano de mi mamá y mi tía para mi primera escuela. Y ahí, empezó el tour

ROSA.— ¿Cómo que el Tour?

EMILIA.— Bueno, yo le digo así, te cuento. Primero, nos inscribieron en una escuela de la Calle Defensa y apenas llegar y sentarnos con las otras chicas, todas empezaron a llorar porque decían que como éramos negras les dábamos miedo. Ese mismo día la maestra les dio el pase a mi mamá y a mi tía para que nos llevaran a una escuela en la calle Chacabuco con el pretexto de que tenía en el aula muchos alumnos. Aunque mi prima y yo teníamos nada más que 6 años nos dimos cuenta de todo. En la escuela de Chacabuco estuvimos, hasta que mi prima se hartó de la burlita de una niña que, cuando la Señora no estaba, nos decía: ¡Son negras, son negras, porque no se bañan! Y un día, en pleno recreo cuando empezó la burlita de la chica, mi prima le metió un empujón y yo le tiré del pelo que hasta se mordió la lengua. ¡Y ahí sí vinieron todas las maestras llenas de preocupación porque habíamos empujado a una nena! Pero nadie nos preguntó por qué.

Nos llevaron para la dirección a mi prima y a mí, donde esperaron a mi mamá y a mi tía, con el pase para una escuela en Juan de Garay. Y todavía nos faltaba lo peor, que era el regaño en la casa, porque mi mamá decía que ella no me mandaba a la escuela para que me peleara, que pasara lo que pasara yo tenía que aguantar. Y encima aguantar al desubicado de mi hermano, con el que hasta el día de hoy sigo peleada y que solo es dos años mayor que yo, pero que se atrevía a sumarse al regaño de mamá, diciéndome conventillera. Por eso todavía hoy ni le dirijola palabra. Ese se olvidaba que los compañeritos en la escuela le decían, delante de todo el mundo, que parecía un chupetín de brea. Pero claro, cuando se ponían a jugar al fútbol y elmetía un gol, todo se olvidaba. Pero nosotras que no teníamos ni una muñeca decente, nadie jugaba con nosotras, ni nos invitaban a sus cumpleaños, todo lo que nos fumamos de niña, eran peleas y burlas. Así que por estas cosas, nos iban expulsando de escuela en escuela.

De Garay, nos sacaron y nos dieron el pase para una escuela en Avenida Brasil y de Avenida Brasil, para Independencia y de Independencia para Carlos Calvo de allí... (Trata de recordar)

¡Ah! A otra escuela un poco más lejos pero en el mismo Carlos Calvo.

De ahí, a una escuela en Defensa, otra en Tacuarí, en México, Cochabamba y por último en Humberto Primo. Y siempre por lo mismo, por los dichos racistas: que si somos sucias, que si somos chorras, que si somos brutas, que si somos negras.

La verdad que la escuela fue lo peor; ¡cómo la padecí!

ROSA.— ¡Y yo!

EMILIA.— Por ahora todas las primas estamos en un grupo de wassap que funciona mejor que una Sociedad de Socorros Mutuos. Por ejemplo, cuando una de nosotras tiene el problema de que a la nieta le dicen en el colegio que no puede ser descendiente de esclavizadas porque todas estamos muertas a causa de las guerras y la fiebre amarilla, nos enviamos un wassap y al toque aparecemos todas en la escuela, para que la directora y la maestra vean que no estamos muertas. ¡Ay, si el wassap hubiera existido en los 80! En la época en que nacieron mis hijos y mis sobrinas, esos niños no hubieran padecido tanto en la escuela, como yo la padecí.

Resulta que nos enteramos hace poquito que mi sobrina Mary, la más pequeña de mi primo Arturo, la que ya tiene 35 años, cuando perdió el habla a los 13 añitos y no salía del cuarto, fue porque en la escuela las compañeritas le preguntaban si tenía la concha tan negra como la cara. Se deprimió tanto con las burlitas que perdió el habla o no quiso hablar más. Y nosotras sin saber nada, todas las primas preocupadísimas aconsejándoles a Arturo y a la mujer que llevaran a Mary a un psiquiatra, menos mal que no la llevaron a ninguna parte porque ahora sería una empastillada. Cuando creció un buen día decidió volver a hablar. Y este 24 de diciembre en la cena familiar fue que Mary contó lo que le había pasado.

Pero, volviendo a mi vida y a las mudanzas, cuando yo estaba terminando la primaria en Humberto Primo, fue que pasó la hecatombe.

ROSA.— ¿Qué hecatombe?

EMILIA.— No sé, así le llamaban mi mamá y mis tías, a otra mudanza forzada que tuvimos que hacer, pero esta vez de casa. Fue el día que

les dijeron a todas las familias negras que vivíamos en San Telmo, que nos teníamos que mudar para casas hechas de cartón.

ROSA.— ¡Queeé!

EMILIA.— Es que tú eres más joven, pero es raro que tu abuela y tu papá no te contaran nada de esto porque ellos visitaban el barrio.

Pues como lo oyes, fuimos a parar a Villa Cartón, así porque sí.

ROSA.— ¿Y quién decidió eso? ¿El universo?

EMILIA.— Nooo, el FONAVI¹.

ROSA.— ¡Ah!

EMILIA.— Si yo hubiera conocido en esa época al universo y que los deseos que decretaba en él se iban a realizar, ahora mi historia sería otra. Pero es que de joven a mí todo me tomaba de sorpresa, porque eran otros los que decidían por mí.

ROSA.— Sí, de joven era así.

EMILIA.— Fue el señor Mestre, el que le pidió permiso a mamá para que nos dejara a mi prima ya mí bailar en sus shows, yo nunca antes había pensado en eso. Fue bailando, que me di cuenta que era para lo que yo había nacido.

Y así mismo, como lo del baile y sin habérmelo propuesto, me casé y tuve hijos.

ROSA.— -La verdad es que nunca cuentas nada de esto.

EMILIA.— Resulta que bailando en un show en el teatro Little, el dueño del teatro abrió por esos días una tienda de souvenir y me ofreció trabajar de vendedora de lunes a viernes. Y yo la verdad, por salir de la Villa y del desubicado de mi hermano, acepté. Además así podía ayudar a mi mamá.

Fue trabajando en la tienda, que conocí al futuro padre de mis hijos, que primero fue a comprar un llavero, al otro día fue y compró un mate, y al otro la bombilla, al otro un cinturón, al otro un monedero, así, hasta que se me declaró.

Y la verdad es que como yo no tenía nada mejor que hacer, me puse de novia, para probar.

Y un día en que había tenido una tremenda discusión con el desubicado de mí hermano, cuando mi novio pasó por la tienda al

¹ Fondo Nacional de la Vivienda

mediodía, le dije: —Escuchame, búscame un hotel que sea decente y limpio que yo hoy no regreso a la Villa.

Y mi novio que me mira y me dice: —¿Pero cómo no me dijiste que te querías casar conmigo? Lo miré fijamente, porque yo estaba segura de que yo no había dicho nada de eso, pero mesonreí y le dije: —Sí. Él me dio un beso y se fue.

Al salir de la tienda me estaba esperando en la puerta con los papeles para casarnos el viernes de la semana siguiente. Y mientras que todo esto estaba pasando mi madre me manda un mensaje con mi prima, que vaya volando para Villa Cartón que el FONAVI, otra vez, acababa de pasar por la casa, diciendo que todas la familias negras se tenían que ir a más tardar el viernes de la semana próxima, o sea el mismo día que yo me casaba. Según ellos porque enese predio de Soldati, donde estaba la Villa Cartón, iban hacer un parque de diversiones y por eso nos teníamos que mudar para Villegas en La Matanza, donde habían hecho unos monoblock . Y así fue que los negros argentinos fuimos a parar a la Provincia, por lo menos losde mi familia.

Menos mal, que me casé con un vestido medio larguito, porque tenía las piernas llenas de golpes y moretones, de cargar cajas, colchones y camas para la mudada. Y dejando la última caja en el monoblock de Villegas nos subimos todos en el mismo camión de la mudada para llegar a tiempo a mi boda.

EMILIA.— Todo esto sucede porque los negros argentinos nunca tuvimos, ni tenemos medios propios como para disponer y comprarnos una casa, cuando y en donde queramos. Y esto lo arrastramos desde la época de la Colonia y la esclavitud. Súmale a eso la fiebre que padece este país de tener fobia a nuestra historia. Suficiente para tener para tener el ¡Cartón lleno!

Seguro que hacía mucho, pero muchísimo tiempo que tenían la idea de convertir a San Telmo en una zona turística. Imagínate, que el dichoso Fondo Nacional de Viviendas no hubiera aparecido nunca y que ahora, estuviéramos todos los negros viviendo en donde siempre vivimos, en San Telmo. ¿Con el turismo? ¿Los negros argentinos a la vista de los extranjeros? ¿Al lado de Puerto Madero? Nooo, había que ocultarnos. Y repetir hasta el cansancio: —¿Qué?

EMILIA y ROSA. — (*Al unísono*) ¡Que morimos todos con la fiebre amarilla!

EMILIA.— Y así cerrar ese capítulo de la Historia Argentina.

ROSA.— Tenés razón, por eso echaron abajo la casa Suiza, para que no asomáramos la jeta por Capital. (*Transición*)

¿Seguís pensando en el negocio que nos propusieron?

Emilia asustada se pone el dedo en laboca, se tira debajo de la mesa y empieza hablar bajito.

EMILIA.— Negocio ¡no! ¡Proyecto! ¡Y no hables de eso en alta voz, que las paredes tienen oídos!

ROSA.— Oye, tranquila que las paredes de Caballito no son de cartón. ¿O te quedaste traumatizada?

EMILIA.— Acordate que la Cruela de vil afro, lo oye todo. Todo lo que no la haga lucir a ella como importante, le pone palos en la rueda. No para de competir, la envidia la mata, es una insegura de mierda.

ROSA.— (*Imitando a la Cruela de Vil afro*) Soy la mejor del Cono Sur, del Polo Norte y del Cono Urbano. Y tengo un proyecto personal para el cercano Oriente, el Medio Oriente, para Lejano oeste, para Tierra del Fuego y para cuanta mierda hay. (*Se ríen*).

EMILIA.— Te cuento, hoy cuando estaba terminando de dar de comer a la nenita, me llamaron. (*Rosa tirándose debajo de la mesa*).

ROSA.— ¿Te llamaron de España? EMILIA.— Sí al celular.

ROSA.— ¿Y qué te dijeron?

EMILIA.— Que querían saber cómo iba el proyecto

ROSA.— ¿Y qué les dijiste?

EMILIA.— Les dije que sí, que avanzaba. Y me dijeron que me llamaban en la noche hora de acá para que les adelantara algo.

ROSA.— Y ¿tienes algo?

EMILIA.— No, ni en pedo. Yo creo que ya tengo el alemán, no me puedo acordar de nada.

ROSA.— ¡Calláte! ¡Vos qué vas a tener Alzheimer!, que con la historia de tus mudanzas de colegios, casi me cuentas la Revolución de Mayo. Ya te vas acordar, ya te vas acordar.

EMILIA.— Rosa escuchá, si todavía nos reuniéramos, como tu bien decís en la Casa Suiza, con el Shimmy Club, entre todos recordaríamos lo que cantaban y bailaban los abuelos y las abuelas. Pero cada negro argentino solo, al pedo, recuerda lo que puede. O mejor olvida, que a estas alturas, creo que es lo mejor.

ROSA.— No digás eso.

EMILIA.— Éramos muy pequeñas y nos es como ahora que uno les explica todo a los niños. En esa época para uno las cosas pasaban porque sí. Nadie le explicaba nada, más bien callaban.

ROSA.— Es verdad. (Ambas quedan pensativas. Lela, que entra con dos cajas grandes y un carrito con un paquete inmenso, grita al verlas debajo de la mesa)

LELA.— ¡Chicas qué pasó! ¿Qué hacen debajo de la mesa?
(*Rosa y Emilia que se asustan y gritan*) ¡Ay!

ROSA.— Qué susto, creímos que era la Cruela de vil afro porque estábamos hablando del negocio, digo del proyecto.

Lela que se tira debajo de la mesa.

LELA.— Pero cómo va hacer ella, si no sabe dónde vivimos.

EMILIA.— ¡Pero intuye! (*Dice esto Emilia con voz de misterio. Las tres gritan y salen de debajo de la mesa riéndose.*)

ROSA.— Dejate de joder.

LELA.— (*Riéndose*) Creí que les pasaba algo. Les cuento, estoy contentísima, mis oraciones dieron resultado. Les voy a levantar el ánimo.

EMILIA.— ¡Más?

LELA.— El cupón de regalo que me dieron en mi trabajo por haber sido la mejor vendedora del año, lo cambié hoy. La verdad que estoy emocionada con todo lo que me dieron. Es que deorar y orar... (*Saca de una caja una cartera grande, una imitación trucha de una cartera de marca.*) Miren esta cartera. Y miren lo que tiene dentro. (*Saca una cartera más pequeña.*) Y miren esta. (*Saca otra cartera más pequeña.*) Y esta (*Saca otra más pequeña.*) Y dentro de esta está la cartera de noche. (*Saca otra más pequeña y se la cuelga del brazo con una cadenita.*) Y dentro de la cartera de noche miren lo que hay (*Saca un estuche*). Esto para el celular. (*Saca otro estuche más*). Para las tarjetas de crédito (*Saca un estuche más*). Para los pesos (*otro estuche más y otro estuchito más*). Para las monedas.

ROSA.— ¡Madre mía!

LELA.— No digan nada, que hay más. (Abre la otra caja y saca productos que también pone en la mesa mientras los explica). Este es para humectar el rostro; este para eliminar espinillas; unamascarilla; un desmaquillante; una loción para después de quitarse el maquillaje;

una crema de día; una crema de noche, para debajo de los ojos, para arriba de los ojos. Crema fría para descansar las piernas, crema caliente para endurecer las piernas; suavizador de pelo; champú sin acondicionador; champú con acondicionador; crema para desenredar el pelo; crema para darle brillo y para mantener los rizos, producto para alisar, pinturas de uñas. ¿Qué les parece?

Emilia y Rosa se han quedado mudas viendo como toda la cocina está otra vez llena de cajas.

EMILIA.— Escuchame. ¿Todo esto lo escogiste vos?

LELA.— Sí, me tiré más de tres horas en la tienda.

EMILIA.— Bueno, en ese placarcito ubicá los productos, que si no te diste cuenta la cocina ya está organizada.

LELA.— (*Mirándolo todo*) ¡Ay, es verdad! ¡Qué bonita ha quedado la cocina! ¡Chicas, impecable!

Rosa y Emilia asienten.

EMILIA.— Lela, ¿tú no viste mis llamadas?

LELA.— No, es que en esos almacenes no había señal.

EMILIA.— Ah, ¡con razón! Es que la fotógrafa de la revista, Mujeres Trabajadoras, Dulces y Estudiadas, me mandó un mensaje diciéndome que no te localizaba. Quería saber cuándo podía pasar para sacarnos unas fotos. Y al ver que no te localizaba, le dije que te llamara en la noche. Que ibas a estar acá.

LELA.— ¡Qué! ¡Ay no! Pasar por esto otra vez, no.

ROSA.— Escucháme Lela, necesitamos completar el alquiler del mes que viene. En eso quedamos.

LELA.— No chicas, que la paso después muy mal. No, no, conmigo no cuenten.

EMILIA.— Escuchá Lela, tenemos que hacernos las fotos para la revista Mujeres Trabajadoras, Dulces y Estudiadas, que siempre andan buscando una nota antropológica y además la fotógrafanos paga al toque y son unos mangos para completar el alquiler del mes que viene.

LELA.— ¡Chicas! Bien que les conseguí que fueran a vender productos conmigo a la feria para ganar un alquito más... ¿Y qué hicieron? Retar a la encargada de la feria, no más las presenté porque la

encargada cuando las vio se tocó la rodilla y el anillito de oro. Y es que la mujer no sabía que eso era una superstición racista. Bien que se disculpó con ustedes cuando les dijo que fue su abuela la que le enseñó que cuando viera a una negra se tocara la rodilla o un anillo de oro, porque eso daba suerte. Y cuando las vio, se acordó de los dichos de su abuela y no lo hizo por mal, sino para que a todas nos fuera bien vendiendo en la Feria.

EMILIA.— Escuchame Lela, ¿Me estas pidiendo que le agradezca a la desubicada encargada de la feria donde vos vendés que crea que los negros damos suerte?

LELA.— Noooo, yo ya le aclaré que eso es una superstición racista, pero les explico a ustedes para que sepan por qué ella lo hizo. Es más me contó que ella hace lo mismo cuando llega un chico africano a vender para que no se lo lleve la policía.

ROSA.— Lo que le tenés que decir a tu encargada es que si el chico africano vende y no le pasa nada, es porque paga muy caro, a ella y a todo el que le pide dinero, por el puesto en la feria y no porque ella haga cuarenta payasadas racistas.

LELA.— Bueno por eso mismo, por el racismo es que no quiero sacarme las fotos. (Empieza a recoger las cajas y a ordenar los productos). Una vez, hace años, mi amiga Sherlay y yo quisimos probar suerte, lejos de aquí, en un país donde nadie nos conociera. Nos habíamos enterado de un casting que se iba hacer en Río de Janeiro para un importante anuncio de coches que iba hacerse en español, donde buscaban chicas jóvenes. Corriendo tomé los ahorros que tenía de cuando trabajaba en la casa en el Country, me compré el pasaje, una ropa de marca finísima y unos tacos hermosos. Sherlay también hizo lo mismo, gastó los ahorros que tenía. Y por idea de Sherlay hasta nos compramos lentes de contacto, yo de ojos grises, que me encantaban y ella de ojos azules.

La verdad es que desde el momento que me puse esa ropa hermosa, los tacos y los lentes y me subí en el remis que nos sacó de la Villa para el aeropuerto empecé hablar de otra manera, como si fuera otra persona y Sherlay igual. ¡Es que éramos otras personas! Llegamos a Río, ¡que es una ciudad espectacularmente bella! Y en el aeropuerto tomamos un taxi que nos llevó a la productora, a todas estas, pagando todo con los ahorros que llevaba del trabajo en el Country.

Hicimos el casting en un impecable lenguaje neutro. Y ¿qué nos dijeron? Que las chicas pretas no venden coches, porque los hombres pretos no compran coches, pero que éramos muy buenas actrices, que nos tendrían en cuenta para un próximo casting, pero de ventas de caipiriñas. Y hasta nos regalaron una cesta llena de mangos, que estuvimos comiendo en el aeropuerto, hasta que tomamos el avión a Buenos Aires, porque a esas alturas solo teníamos en la cartera el pasaje de regreso. ¡No me quiero acordar!

Al cabo de los años volvió a aparecer Sherlay, con otro de sus casting, pero esta vez era para una serie juvenil de televisión donde unas chicas eran las protagonistas. Buscaban mujeres de nuestras edades y entonces me embullé y fui. Lo primero que nos sucedió es que cuando entramos a la productora que tenía el salón lleno de mujeres jóvenes, la recepcionista muy sorprendida nos preguntó que qué necesitábamos. Y casi al unísono Sherlay y yo respondimos: «hacer el casting». Entonces la secretaria sin salir de su asombro nos tomó los datos y nos indicó que pasáramos al salón a esperar que nos llamaran.

Fuimos de las últimas en hacer la prueba. Unos veinte minutos antes de entrar el asistente de dirección nos dio a Sherlay y a mí el texto de una escena cortita para que nos lo leyéramos y en la prueba lo improvisáramos, así habían hecho con todas las chicas. Como Sherlay y yo hicimos juntas la carrera de teatro, estábamos muy acostumbradas a improvisar juntas. ¡Y tener delante la oportunidad de volverlo hacer, nos encantaba! Hicimos la impro con tanto desenfado que todos en el set nos aplaudieron.

El director nos preguntó sobre nuestra formación y las obras en que habíamos actuado. Le contamos y con la mejor onda nos despedimos. A la semana siguiente nos llamaron del casting para decirnos que fuéramos el viernes, que había gustado mucho nuestra prueba y querían hacernos una entrevista. Y allá fuimos nosotras, todas llenas de ilusiones. Cuando llegamos nos esperaba en el set el director solo con una cámara y nos contó parte del argumento de la serie.

Resulta que las jóvenes protagonistas, además de enfrentar conflictos propios de su edad, en ocasiones resultaban ser como heroínas salvadoras. Y en el capítulo que Sherlay y yo íbamos a actuar, íbamos a interpretar unas prostitutas extranjeras que no hablaban español y que las jóvenes protagonistas encontraban en las calles medio

desnudas y las ayudaban a escapar de un prostíbulo. Para eso él necesitaba fotografiarnos los pechos desnudos para ver si dábamos el perfil.

ROSA y EMILIA.— ¡Qué!

LELA.— Podrán imaginar con la contundencia que nos negamos. Ciega de rabia le llegué a decir al director que para qué me había preguntado si había actuado en alguna obra clásica, si en definitiva lo que me iba a ofrecer era aparecer medio desnuda en la serie, en una escena en la que ni se entendía lo que hablábamos.

Y dando un portazo nos fuimos.

¡Mierda!

¡Nunca encajo en ninguna parte!, por más que me esfuerce. ¡No sé dónde ponerme!; ¡Nunca!

¿Dónde? ¡Y así toda mi vida! ¡Una dichosa desilusión!

(Se va la luz)

LELA.— ¡Mierda, se fue la luz!

ROSA.— ¿La Pagamos?

EMILIA.— *(Sacada)* Sí, la pagamos. Se fue la luz en todo el barrio, mira por la ventana. Escuchá nena, no es sacarse, que la queja solo trae más problemas y malas energías, es cuestión de encontrar una solución para el dinero del alquiler. Es solo eso. Pensá en todo lo que hemos pasado.

Cuando llegaste a mi casa para contarme que descubriste que el pastor se compró una cuatro por cuatro con el dinero que sacaba de la gente que va a la Iglesia. Y la única que no sabía todo esto eras tú. Y que toda esa falsedad te tenía deprimida, por eso te metiste en el seminario a estudiar la Biblia. Yo a duras penas me podía levantar de la cama de lo angustiada que estaba, porque la más chiquita mía, se acababa de graduar y se alquiló un departamento con el novio, acá en Capital. Y mis opciones eran, o me iba con ellos, o me quedaba sola o me bancaba al viejo neurótico que tengo.

Y tú Rosa, en esa época, ¿cómo estabas? Que no hacías más que llorar y caerte en cuanta vereda rota del barrio podías. Y como el barrio tiene tantas veredas rotas, entre tantas caídas, terminaste rompiéndote la tibia y el peroné. Y corre a operarte.

ROSA.— Dejate de hinchar, que me caí sin querer.

EMILIA.— Dejate de joder, me vas a decir que semejante rotura no tiene que ver con tu separación y estar pensando todo el tiempo que tenías que dejar tu casa y tus comodidades.

¡Mucho que nos ha costado que le acabes de llamar a ese cínico de tu ex marido, el difunto! Porque el dolor no te dejaba ver. Y tu Lela, te metiste en la iglesia, para que el maltratador de tu primer marido no te matara, después que pagó setecientas coimas hasta conseguir quitarte la tenencia de tu hijo.

Pues en ese momento las tres estuvimos de acuerdo que para superar lo que nos pasaba, teníamos que cambiar y dejar el barrio. ¡Pues tomá! Mirá si cambiamos, que tenemos arriba.

¡Flor de alquiler! ¡100.000 pesos todos los meses! Es verdad que ya no estamos deprimidas, pero nos vamos a volver locas dentro de unos minutos.

Así que antes de sacarnos y de quejarnos, tenemos que encontrar alguna solución.

ROSA.— ¿Y si compramos bitcoin?

(Vuelve la luz)

EMILIA.— Pero de dónde sacamos dinero para comprar divisa. O tú crees que sigues viviendo con el difunto bancario.

ROSA.— Tenés razón, yo para embromarlas. Chicas, yo estuve pensando que después del trabajo en la Asociación podía hacer algo. Total como entro temprano y salgo temprano, si San Expeditome conserva ese trabajo, puedo hacer unos mangos en la tarde, con el arreglo de los pies.

EMILIA.— Tenés razón.

ROSA.— Y si tú Lela, que solo trabajas en la feria los fines de semana y dos veces al mes trabajas sustituyendo a la encargada del cementerio de Chacarita. Los días que no tienes nada, vuelves hacer los tratamientos faciales y tú *(dirigiéndose a Emilia)* en las tardes, explotás esa camilla que tenes que da masajes corporales. Podemos montar acá en las tardes, un salón de belleza.

¿Qué les parece?

EMILIA.— Excelente

LELA.— Me parece bien. Y para empezar podemos usar de los productos que traje.

ROSA.— Perfecto. Hay que buscar un nombre al salón para hacerle un perfil de Facebookvolando. *(Saca un portátil).*

EMILIA.— *(a Lela)* Ayudáme a traer la camilla.

ROSA.— Escuchen, a ver qué les parece: ¿Las chicas del salón? *(Las demás la oyen)*

EMILIA.— Nooo, eso va a parecer otra cosa.

ROSA.— ¿Siglo XXI?

LELA.— Suena a librería.

ROSA.— ¿Eternamente bella? No, no, no, ese es un nombre cursi. ROSA.— ¿El salón de Rosa, Emilia y Lela?

LELA.— Parece un negocio del barrio.

(Ríen)

ROSA.— Sí, es verdad.

ROSA.— ¡Y Paraguay y Argentina!

EMILIA.— Dejate de pavadas, van a creer que es un juego de fútbol.

ROSA.— ¡Ay chicas!

ROSA.— ¿La Concordia? LELA.— Suena a panadería.

ROSA.— ¿Fuerte apache?

EMILIA.— ¡Escuchá, querés que vengan a ver a Carlitos Estévez en vez de a nosotras?

ROSA.— Entonces, ¿sales como nueva?

Se quedan pensativas.

LELA.— Es original. EMILIA.— Sí, sí, me gusta.

ROSA.— Entonces hago el perfil de instagram. «@Salescomonueva» y los tratamientos que vamos a ofrecer, los precios y la dirección del salón.

Suena el celular de Emilia. Todas al mismo tiempo gritan: ¡España! Dejan todo lo del salón desordenado y se tiran debajo de la mesa. Emilia toma la llamada.

EMILIA.— Dígame. Ah buenas noches, señor productor. Sí, estaba esperando su llamada,

¿Cómo está? Sí, su secretaria me dijo hoy que usted me iba a llamar. Dígame que necesita .Ah! ¿qué le cante alguna canción antigua Afroargentina de 1706?

TODAS.— ¡Qué!

EMILIA.— Usted sabe que me sucede (*Tose y finge que no tiene voz*) que tengo un catarro tremendo y casi no tengo voz. (*Todas tosen*) ¿Comprende? Sí, sí, sí, ya vi al médico y me mandó unos remedios que ya estoy tomando, no se preocupe. No necesito nada. ¿Qué me va llamar mañana a esta misma hora de acá para a ver cómo estoy? Nooo, si quiere llámeme dentrole unos días para que no gaste. Que ya estaré mejor. (*Todas tosen*).

Ah, no le importa gastar, está bien, es usted muy amable. Sabe lo que sucede que acá hay mucho cambio brusco de tiempo. Ah igual que allá. Claro, por eso hay tanta gente con gripe en el mundo entero. Bueno, señor productor hablamos mañana. Adiós. Me cago en su puta madre.

¡Qué momento pasé!

LELA.— Se ve que el productor está interesadísimo.

EMILIA.— Qué cosa, che. Todavía perdemos esta oportunidad y termina llamando a la Cruela de Vil afro, porque es la más conocida de todas nosotras. Y esa que no puede recordar nada, porque es mucho más joven, es capaz hasta de inventar canciones con tal de ser ella la que lleve adelante el proyecto. ¡Qué cosa che!

ROSA.— (*mira el celular*) ¡Chicas tenemos una clienta para dentro de 20 minutos!

LELA y EMILIA.— ¡Qué! (*Salen de debajo de la mesa. Inmediatamente suena el timbre de la puerta. Rosa poniéndose una bata blanca sale del escenario a abrir la puerta. Las otras dos corren a arreglar el Salón, al rato Rosa regresa corriendo a mirar en su estuche*)

ROSA.— La clienta está ahí plantada haciéndome un montón de preguntas. Qué si hago limpieza en bacha, con jabón higienizante, si remuevo y empujo cutículas y las hidrato. Y me entró la duda no sé si tengo aceite hidratante, si no tendré que ponerle aceite de girasol.

LELA.— ¡No!

EMILIA.— Dejate de embromar yo bajo y compro.

ROSA.— ¡Ah sí tengo! ¡Ay gracias San Expedito! (*Sale corriendo con una botellita. Las otras siguen arreglando el salón. Al rato entra Rosa*).

ROSA.— Lela quiere conocerte y saber los tratamientos faciales que haces. (*Emilia y Rosaterminan de arreglar el salón. Al rato entra Lela buscando su bolsa de productos*).

ROSA.— ¿Qué te preguntó?

LELA.— Que si hago bio-lifting faciales y los tratamientos faciales con parafina. Y no sé si tengo parafina.

ROSA.— No te hagas problema que si no tienes mientras que haces el bio-lifting yo derrito las velas que le pongo a San Expedito.

EMILIA.— Dejate de joder.

EMILIA.— ¿Tenés? Si no en lo que Rosa le hace los pies bajo y compro.

LELA.— ¡Tengo! (*Sale con el pote de parafina y luego vuelve a entrar*). Emilia quiere conocerte para que le cuentes sobre los masajes corporales que hacés. (*Emilia sale y luego vuelve a entrar*)

EMILIA.— Se fue.

Lela y Rosa sorprendidas.

ROSA.— ¿Pero cómo? ¿No te preguntó nada?

EMILIA.— Sí, al verme me dijo: ¿pero en este salón son todas morochas?

EMILIA.— Le dije que sí. Entonces rápidamente respondió: ¡Ah bueno! vengo otro día, era solo para conocer el salón. Y salió corriendo.

LELA.— ¿Qué?

EMILIA.— No me sorprende, tenía el presentimiento que algo así iba a suceder, pero me callé para no desanimarlas. Es que hasta en la iglesia cuando te dan la paz del señor, te dan la mano como si tuvieras una enfermedad contagiosa. ¡Racistas de mierda!

EMILIA.— Estas cosas me ponen loca ¿cómo probamos que esa mujer se fue porque somos negras? Por ejemplo ante un jurado. Como puede pasar por improbable algo tan probable.

ROSA.— ¡Qué cosa, che! ¡Qué cosa! Mirá a ese supuesto jurado que imaginás podemos decirle que la mujer antes de irse te preguntó si todas en el salón éramos morochas. A ver si alguna vez se hace un juicio por racismo.

EMILIA.— Pero no dijo que se iba porque todas éramos morochas, solo vino a conocer el salón. Así podríamos estar lo que nos queda de vida discutiendo. Su palabra contra la mía. La mujer se defendería diciendo que se marchó, porque solo vino a conocer el salón. Y nosotras, que la mujer se marchó porque somos negras. Y el jurado

daría por cerrado el caso, por considerarlo un mal entendido. O que en el INADI (*Instituto nacional contra la discriminación, la xenofobia y el racismo*) estuviera algún abogado afro que sí tendría en cuenta el color de piel.

LELA.— Pero a ver chicas, yo creo que se les está yendo la mano. Yo no soy negra. ROSA.— Mirá vos, eres migrante, mujer y pobre. ¿Y no eres negra?

LELA.— Cuándo insultan y dicen negros de mierda. ¿A qué se refieren? ¿No se refieren a los pobres? Esa mujer no sabe que somos pobres.

EMILIA.— Ella sabe que no somos blancas. Y supone por ello que somos pobres. Además Lela, piensa en la Villa, ¿de qué color es la gente?

LELA.— Morocha. Entonces cuando dicen negro de mierda no solo se están refiriendo a los pobres, ¿sino también a los que tienen la piel oscura? ¡Ay, que enredo! Cuándo dicen negros de mierda ¿se refieren también a personas de origen afro?

ROSA.— -Pues sí, también.

LELA.— Mire usted lo que vine a descubrir después de vivir 7 años en este país. Y todo porque necesito pagar el alquiler de un departamento. Por eso yo lo tengo claro, yo lo que soy esactriz.

Las tres se ríen. Emilia empieza a tararear una canción para burlarse de Lela y sin darse cuenta ha recordado una canción antigua. La va cantando a más viva voz, Lela baila. Todo se torna alegre hasta que Emilia interviene.

EMILIA.— No recuerdo más, no, no recuerdo, no recuerdo nada más.

ROSA.— Bueno no te angusties, ya te vas a acordar. ¡Chicas! ¿Y si usamos la experiencia teatral que tenemos y los fines de semana decimos poemas en el subte y pasamos la gorra? Tal veznos vaya bien. Y juntamos lo que falta del alquiler.

LELA.— ¿Tú crees?

EMILIA.— No sé, no lo veo claro, pero hay que encontrar alguna solución.

ROSA.— Ya lo tengo pensado. Si hay cinco vagones y en el peor de los casos sacamos de cada vagón 50 pesos en diez viajes que hagamos sacamos 2.500 para cubrir lo que nos falta.

EMILIA.— Yo que sé, probemos. Lela. -Y sí, y por lo menos actuamos.

El ambiente escénico cambia. Están en el subte. Rosa habla a los pasajeros.

ROSA.— Buenas tardes, somos actrices y queremos acompañarlos en el viaje con unos versos y después pasaremos la gorra. *(Pone música en un grabador)*

EMILIA.—

¡Ay, mísero de mí!

Apurar, cielos, pretendo, ya que me tratáis así,

¿qué delito cometí contra vosotros naciendo?

Aunque si nací, ya entiendo qué delito he cometido, bastante causa ha tenido

vuestra justicia y rigor, pues el delito mayor del hombre es haber nacido

LELA.—

Sólo quisiera saber

para apurar mis desvelos dejando a una parte, cielos, el delito de nacer,

qué más os pude ofender para castigarme más.

¿No nacieron los demás? Pues si los demás nacieron,

¿qué privilegios tuvieron qué yo, no gocé jamás?

ROSA.—

Nace el ave, y con las galas que le dan belleza suma,

apenas es flor de pluma o ramillete con alas,

cuando las etéreas alacorta con velocidad, negándose a la piedad

del nido que deja en calma;

¿y teniendo yo más alma, tengo menos libertad?

LELA.—

Sueña el rico en su riqueza, que más cuidados le ofrece;

sueña el pobre que padece su miseria y su pobreza;

ROSA.—

Sueña el que a medrar empieza, sueña el que afana y pretende, sueña el

que agravia y ofende, y en el mundo, en conclusión, todos sueñan lo que

son,

aunque ninguno lo entiende.

EMILIA.—

Yo sueño que estoy aquí de estas prisiones cargada, y soñé que en otro

estado más lisonjera me vi.

LELA.— ¿Qué es la vida? Un frenesí.

ROSA.— ¿Qué es la vida? Una ilusión, una sombra, una ficción.

EMILIA.—

Y el mayor bien es pequeño, que toda la vida es sueño,

y los sueños, sueños son.

Apagón. Aparece en el salón Emilia tirada en suelo.

EMILIA.— ¡Ay me muero, me muero! Me duele todo el cuerpo.

ROSA.— (*Sentada en el suelo*). Ay, ya estoy muy mayor para esto. (*Se echa fresco*).

LELA.— (*En cuatro patas*). Rosa dijiste que lo tenías todo controlado que con 10 viajes hacíamos los 2500 pesos que nos faltaban. Y tuvimos que hacer 15 viajes y solo ganamos 1000 pesos.

ROSA.— Chicas no me echen la culpa de todo. La gente no tiene plata, además hoy es sábado, podemos probar mañana.

EMILIA.— ¡Dejate de joder! Y menos mal que solo una vez nos gritaron: «¡Colombianas demierda váyanse a su país!» (*Se ríen. Suena el celular de Lela*)

LELA.— (*gritando*). La fotografía de la revista Mujeres Trabajadoras, Dulces y Estudiadas. ¡Ayno, no!

EMILIA.— Nena, toma el teléfono.

ROSA.— Lela con el dinero que nos va a dar esa mujer ya completamos el alquiler del mes que viene.

EMILIA.— Tomá el teléfono.

LELA.— Hola Mónica, ¿cómo estás? Sí, las chicas me dijeron que me llamaste. Sí, sí, sí, sí pasácuando quieras. ¿Qué vienes en una horita? Está bien te esperamos vestidas. (*Cuelga*)

Todas se miran en silencio. Se ponen sayuelas, vestidos amplios y pañuelos en la cabeza. Toman cestas con frutas y se las ponen en la cabeza. Suena el timbre.

EMILIA.— (*Mirando al público*). Hola Mónica. pasá ya estamos listas.

(Hablan mientras se van acercando a hacer la imagen colonial que la fotografía va a tomar)

EMILIA.— No hay forma de que nos vean de otra manera. ROSA.— No, no hay forma

LELA.— Que se le va hacer.

Las luces se vuelven flash de cámaras hasta que de apoco se van apagando.

Fin